

CALLES, BACHES E IMAGINACIÓN

Por Juan Antonio Padrón Alborno

La carta nos ha llegado firmada por "Un cualquiera" que, por su prosa e ideas, descubre claramente que el seudónimo no le va. Tras confesarse tinerfeño, por nacimiento y sentimientos, enarbola un pico demoleedor y, con paciencia y algo de saña, va destruyendo —simbólicamente, claro— el concepto que sobre nuestra ciudad teníamos.

Lleva toda la razón en algunas de sus apreciaciones pero no en otras en las que, impulsado por la furia inicial, nos da la impresión de que anda por ahí mesándose los cabellos y lanzando alaridos lúgubres. No, Santa Cruz no es, ni será nunca, lo que usted con pesimismo piensa. Claramente se nota en sus líneas que está usted influenciado por eso que denomina "mi estancia en tierras de la América".

Lo que sí me interesa, y mucho ciertamente, es esa afirmación gratuita que hace al tacharnos de "pueblo aburrido y abúlico".

Creo viene usted obsesionado por la fiebre de los negocios, la hipertensión nerviosa y los telefilms de monstruos y gangsters. Llega del paraíso de Adán banquero y Eva mecanógrafa y nos juzga—"provincianos" dice textualmente— con demasiada severidad.

No ha visto usted la otra cara de la moneda. Como que viene del continente que se jacta de haberlo inventado todo—excepto, claro está, la felicidad—a una isla donde hay mucho umbré de gentes que, sin haber inventado nada, viven como si lo hubieran inventado todo.

La felicidad es simple cuestión de imaginación y los habitantes del continente de donde usted llega no tienen tanta como nosotros los europeos. Aquí casi todos son felices y lo son porque les da la gana.

Larga es la lista de defectos que nos envía. Ignoro si podrá—en crónicas sucesivas claro está—contestarle debidamente. Empiezo por lo que usted llama "deplorable estado de las calles de la ciudad". Exagera, con intención claro, cuando se refiere a los agujeros—que no simples baches—que atributos son de ciertas vías y, sobre todo, de varios tramos de la Rambla.

Se me ocurre preguntar ¿por qué habrían de arreglarse? Por lo visto ignora usted que, desde 1935, no viene a Santa Cruz el Luna Park, con la "montaña rusa". Con su insi-

nuación de urgente reparación privaría a los conductores de toda una serie de gratas emociones, desconocidas en la ciudad y la isla desde la actuación del célebre parque de atracciones. Además, su desaparición traería, como lógica consecuencia, algo desagradable: el cese de la saneada fuente de ingresos que tales agujeros significan para la industria mecánica local y, por ende, para la del automóvil en general.

Es usted muy crédulo. No, no ha sido en tales agujeros, sino en la fuente luminosa de la antigua Plaza de la Paz, donde han ido a parar—y no en tantas ocasiones como usted dice—autos del pa que móvil de la isla.

No opino como usted. Creo que ese dinero que habría de gastarse en subsanar tales baches y demás defectos debería, en cambio, emplearse en la adquisición de tractores; éstos, pesados y de orugas, tendrían la misión de ir perfilando, y agudizando, los montículosipientes de nuestras vías.

En estas calles, con reminiscencias alpinas, se han multiplicado las señales encauzadoras y protectoras de la circulación. Los atropellados saben ahora que deben su desgracia a la desobediencia y que, el que va por donde le mandan, puede hacerlo con relativa—sólo relativa—tranquilidad. Y aquí aparece de nuevo aquello de que hace falta imaginación ante todo. Con una mano se ha dado seguridad al peatón, pero con la otra se le ha quitado el espíritu de aventura que presidía su deambular.

Ahora se atropella menos o se atropella con más regularidad y legalidad. Si se suprimen los baches y agujeros—hoy incentivos de la imnación del peatón y proporcionadores de emociones fuertes al conductor—¿qué quedará?

No, mi amigo "Un cualquiera". Bien hacen los rectores de la ciudad en conservar las calles en tal estado. Imaginación, amigo, imaginación.

Si su próxima carta—esa que me anuncia sobre las deficiencias del alumbrado público de Santa Cruz—viene redactada con idéntico sentido crítico, tenga por seguro que no sacaré a relucir la bética central flotante, y sí a la Luna que nos regala luz sin necesidad de costosos tendidos, unidades y facturas.